

nuestra poesía. Lloró en estrofas la muerte de su amado hermano, Fernando de Guzmán, víctima de la peste, a los veinte años, en servicio militar por tierras extrañas (27), sin sospechar que también él iba a morir joven, fuera de España y en cumplimiento de un deber militar.

El destino le buscó su morir a los treinta y tres años de edad, lejos del castillo de Batres, de la provincia y hasta de España. Un 13 de octubre de 1536, en la retirada de Provenza de las tropas imperiales, recibió la orden de tomar la pequeña torre de Muey, en Frejus. Una traidora piedra, arrojada por desconocido soldado defensor, destrozó el cráneo que tan bellas poesías había creado. A los pocos días fallecía en Niza, en brazos del Marqués de Lombay, luego más conocido por San Francisco de Borja. El emperador ordenó demoler la torre y dar muerte a sus defensores, pero con ello no evitó quedarán paradas para siempre, y a la misma hora, las vidas de Garcilaso y del castillo de Batres. Este tuvo nuevos y nuevos dueños, vió en el siglo XVII agrandarse sus dependencias, poner un corredor en lo alto del lienzo norte y otras reformas, mas no volvió a contemplar a un Pérez de Guzmán ni a un Garcilaso de la Vega. El cuerpo de éste fué traído desde Niza a España por orden de su viuda, doña Elena de Zúñiga, y enterrado en Toledo en la capilla de San Pedro Mártir, de sus mayores los señores de Batres. El alma literaria permaneció en el castillo; por eso cuando el grupo de poetas quiso hacerle homenaje, fué a buscar su memoria en la fuente que mana en la hondonada a unos doscientos metros de aquí.

* * *

El coche que nos conduce desde Navalcarnero da vista a un pelado y arcilloso alcor, a la derecha de la carretera, sobre el que se alza airoso el castillo. Entre camino y montículo, el desnivel de una hondonada o barranco, cubierto de olivos, productos hortícolas, añejos árboles y matorral. Por su fondo corre un arroyuelo (de los que en invierno se inflan presuntuosos, como el sapo de la fábula) y sigue viviendo su vida la «fuente de Garcilaso», muy bien apartada de miradas indiscretas. Un breve ramal, a la derecha, permite al coche llegar hasta lo alto del alcor: una explanada rectangular, a la que da cara la fachada principal del castillo.

Franca mente, no le encaja el calificativo de «ruina», como a sus compañeros de Fuentidueña de Tajo o Buitrago. En conjunto se halla bastante bien conservado, pese a las abundantes desconchaduras y grietas que exhiben los muros. A finales del siglo XVII se agregaron, a cada lado de su única y bella torre, las actuales dependencias caseras que restan esbeltas a la misma. Se arreglaron unas amplias habitaciones, abriéronse cuadradas ventanas en las fachadas, una solana o galería alta a lo largo de la zaguera (la que se ve desde el camino), enrasaron techos y paredes, embalsaron suelos y el blanco yeso se prodigó por doquier. La fisonomía primera del edificio perdió (más interior que exteriormente), pero estos ultrajes a su pudor artístico-histórico evitaron al castillo estar hoy incluido en el triste calificativo de ruina.

El ladrillo cocido, como dijimos al comienzo de este artículo, es el material predominante en la fábrica toda del edificio. La planta es sencilla y cuadrada, con cuatro estrechas torretas, también cuadradas, en los respectivos ángulos de los lienzos. Las torretas están rematadas, sobre el adarve, con garitones semicirculados, y los ladrillos de los lienzos, al llegar cerca del adarve (que sólo conserva sus almenas de chapitel, y no completas, en tres de las fachadas), forman un friso colocándose en vertical. La fachada Norte tiene la galería ya observada, con un tejadillo protector y balcón volado de hierro que recuerdan a los corredores de un castizo patio madrileño de zarzuela. La torre del homenaje, cuadrada y rotunda, ocupa el ala izquierda, avanzando del muro casi en su totalidad, aunque escondida su parte baja por los edificios adosados en el siglo XVII. Mocha de almenas, conserva en lo alto de sus cuatro ángulos unos garitones semejantes a los de las torretas. Los observadores de detalles arquitectónicos curiosos han hallado algunos en la construcción del castillo (28).

(27) En los versos a la sepultura del hermano, cuyo nombre le recordaría el del admirado bisabuelo, dueñe Garcilaso de que no fuese muerto por armas, tiros o saetas, y añade:

*Mas inficia del ayre en solo un dia,
me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra.*

(28) Véanse los artículos citados de los señores Velasco y Navarro. Hacen referencia a la originalidad de las estrechas torres o contrafuertes de los lienzos, y a su coronamiento por garitones, como la torre del homenaje. Destacan lo curioso de su forma y la solidez que dan al lienzo, que queda empotrado en su masa de ladrillo de tal suerte que la bisectriz de aquéllos es perpendicular a la cara exterior del estribo. Velasco observa que con ellos se buscaría la defensa paralela a los muros, necesaria por la ausencia de matacanes o canecillos, aptos para la defensa directa o vertical. Los garitones semicirculares sobre el adarve y rematando las estrechas torres son diferentes en las alas meridional y Norte, quizás porque estos últimos se reconstruyeron en el siglo XVII y ya no se acertó a copiar la forma original de los antiguos. Observan también que en la fachada Norte falta la cornisa de ladrillos verticales. Todo ello induce a Velasco a creer que, si bien los muros pudieron ser coetáneos, hubo una restauración posterior, no sabiéndose ya conservar la armonía entre el elemento técnico y el estético, que caracterizó las construcciones de los siglos XII a XIV.

La fachada principal, que da al mediodía, conserva perfecta su portada gótica, en arco de medio punto de anchas dovelas y adornada por sencillo friso. En lo alto, el bien grabado escudo de los Lasso de la Vega y Guzmán. La piedra de puerta y escudo es la única en toda la fachada.

Pasamos al interior y allí nos encontramos con el patio Renacimiento, de dobles galerías sostenidas por jónicas columnas, en tres de sus cuadrados lados, y zapatas en la parte superior. Es sencillo y sin pretensiones. El suelo es de cantos rodados, entre los que picotean varias gallinas y polluelos. En el centro el tosco brocal de un pozo, que aún da agua si se la sube mediante los consabidos cubo con abolladuras, rueda chillona y cuerda nudosa. Una comunicativa colona sale a nuestro encuentro. Ella y su familia son los únicos habitantes racionales del castillo. Nos informa que el amplio local del fondo fué la antigua capilla. De ser cierto, nada conserva que pueda hacerlo sospechar; es una pieza grande, rectangular, sin el más pequeño adorno ni hueco, que se destina a gallinero y a lo que se tercié.

Nos conduce luego por una serie de habitaciones, amplias y blanqueadas, sin más carácter particular que el de cualquier casona solariega. En una de ellas hay restos de antiguos azulejos toledanos. Por la escalera, que bien pudieron construir Sancha de Guzmán y Garcilaso, se sube al piso superior, donde se encuentra la galería que mira a la huerta. Unos pocos escalones hay que salvar para salir al adarve y desde él iniciar el ascenso a la torre del homenaje por estrechísima escalera de caracol, que antiguamente se utilizaba desde la parte baja. El interior del torreón está dedicado a la cría de asustadizas aves, y de la estancia que debió ser cámara de armas, han desaparecido las tres curiosas culebrinas que describió Navarro y aún alcanzó a ver mi amigo Cantó en el primer cuarto de nuestro siglo (29). Por fin llegamos a la plataforma del torreón. En los cuatro ángulos los sendos garitones semicirculares y aspillerados, gemelos de los del adarve. Las almenas se han desmoronado del parapeto, que queda reducido a un simple antepecho. Desde esta altura, el paisaje, en su conjunto y lejanía, parece seguir siendo el mismo que contemplaran Pérez de Guzmán y Garcilaso. Al Este, la villa, con sus casitas e iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, donde se venera la Santa Cruz, hallada en trozos por un labriego, reconstruida por mano milagrosa y motivo, más tarde, de la curiosa e insólita donación hecha por San Pío V a finales del siglo XVI (30). Al Oeste, como a poco más de un kilómetro, el suave cauce del río Guadarrama. Al Norte y Sur, las tierras pardas de esta parte de la provincia, medianera con la de Toledo. Una mancha verdosa rompe la monotonía de color; es el monte de Batres.

Antes de abandonar el castillo, oímos un desesperado graznido. Se trata de una cría de ave rapaz, a la que un muchacho enseña a cazar por el convincente procedimiento del hambre. Si se porta bien, corresponde con un bichito vivo. Lo que no sabe este especializado maestro es que con ello perpetúa la tradición de la cetrería medieval, a la que tan aficionado fué el «tercer señor» de Batres.

El paisaje nos parecía el mismo de antaño desde lo alto de la torre, pero contemplado desde tierra es cosa distinta. Dos o tres viejos árboles crecen en las inmediaciones de la explanada; vienen luego unos barrancos que, en sus tiempos, constituirían la primera línea de defensa del castillo. Lo único algo frondoso sigue siendo la hondonada, entre carretera y alcor. Bajamos al fondo de ella en busca de la tapada «fuente de Garcilaso», escondida tras la sombra de árboles y matas y adosada contra un terraplén. Lope de Vega, Góngora y los demás poetas que en ella rindieron pleitesía a Garcilaso, la describen como algo mirífico. Es una construcción de ladrillo cocido, que comprende un arco de herradura, como dosel, enmarcando el muro, de cuyo fondo sale el agua por una especie de boca de alcantarilla. Se halla medio derruida y totalmente olvidada de los humanos. Las «ondas de viva plata» y el «líquido cristal» reducen a un hilo de agua gorda, cambiante de temperatura según la estación y hasta difícil e incómoda de beber. A los lados de la boca hubo unos asientos, y todavía hay unas placas de mármol con las poesías atribuidas a Lope, Góngora, Ortensio, Hermoso y Mendoza. Sólo en la de la derecha pueden leerse algunas de las estrofas, las de Góngora. Autores precavidos que nos precedieron (como los citados Navarro y Cantó), tienen copiados los versos, que decían así:

(29) Navarro (op. cit.) las describía así: «Preciosas culebrinas de hierro, de unos 2 metros y medio de largo y de 7 a 8 cm. de calibre. Dos, cilíndricas y de zunchos, la tercera, de sección poligonal, ostentando un castillo característico del siglo XV». Añadía que se conservaban en perfecto estado. En cuanto a Antonio Cantó («El turismo en la provincia de Madrid»), dice: «Todavía existen, arrinconados por los corredizos, varios cañones antiquísimos, de los llamados culebrinas».

(30) Antonio Cantó (op. cit.) nos cuenta milagro y donación: Un campesino encontró, labrando, unos fragmentos de madera que llevó a casa y puso sobre una mesa. Desesperaba de poder hacer lumbre en el hogar, por carecer de yesca, cuando vió un resplandor y, sobre un nimbo de luz y fuego, una cruz hecha con los trozos encontrados. Cundió la nueva, y los vecinos de Añoover de Tajo reclamaron la cruz, alegando era la suya, que habían perdido, surgiendo un pleito que ganó Batres, en conmemoración de lo cual el Papa Pío V regaló a su iglesia unas sandalias que él había usado, y que se conservan en una urna del altar de la Cruz. Son de terciopelo rojo, con una cruz en el dorso, y presentan la particularidad ser la suela de una de ellas más gruesa que la compañera. Tal vez por ser cojo dicho Papa.

D. D. L. GONGORA

*El líquido cristal que de esta fuente
admiras, camirante,
el mismo es de Eliconá;
si pudieras, perdona
al paso un solo instante;
beberás cultamente
ondas que del Parnaso
a su vega trajo Garcilaso.*

D. D. M. ORTENSIO

*Si en labios, huésped, atentos
la fuente que bebes sondas,
más bien que robarle ondas,
podrás usurparle alientos,
paso y son a los acentos
que Laso supo perder.
Docto olvido de su ser,
aprende dél a sentir,
y lograrás en oír
la dicha de enmudecer.*

D. V. HERMOSO

*Admiro a la gran fuente
donde has suspendido el paso,
y con rimas Garcilaso
detuvo el de su corriente.
Consonancia tan vehemente
a cual Orfeo no admira,
pero es Pallas quien le inspira
que, cómo en el campo armada,
le cedió su misma espada,
le dió aquí su misma lira.*

D. A. T. D. MENDOZA

*A esta que empieza seguira
en fuente, y en deidad para,
tu ingenio le dió el ser pura,
tu vena le halló el ser clara,
Grandeza, Gloria, Hermosura.
Ella en tus memorias bebe,
y a tu nombre nunca breve
que en lo eterno estrecho vive.
Verdades de bronce escribe
en sus lisonjas de nieve.*

LOPE DE VEGA

*Con respeto se retrata
en esta fuente la aurora,
mientras su deidad sonora
dulces números dilata.
Sus ondas de viva plata,
Caracteres cristalinos,
trasladada, ¡oh, peregrinos!,
a vuestros dichosos labios;
en perlas, conceptos sabios,
y en cristal, versos divinos.*

* * *

Pese a tanta desolación y abandono, el lugar tiene un impalpable encanto de poesía que hace correr la imaginación. El silencio sólo es interrumpido por los cantos monótonos del agua de la fuente y de las cigarras, y, en lo alto del montículo, el sol del atardecer empieza a recortar en sombra la silueta del castillo; tan olvidado como la fuente.

Si el «tercer señor de Batres» pudiera regresar hoy a este rincón de sus lares, pienso que recitaría también alguno de sus versos, y que él elegiría aquellos que dijo «fizo Demóstenes a la sepultura de Alexandre»:

*Yo poue todas las cosas,
pruevanme e gastan gusanos;
yo fui gusano del mundo,
gusanos rroen mis manos.*

*La muerte que a todos toma,
a mí tomado ya tiene;
yo non puedo tener nada,
poluo e sombra me detiene.*

*Yo fui llamado Alexandre
de todo el mundo señor:
quien so agora e qual,
mirar lo puedes, lector.*

Es que la historia de estos lugares es la de dos nombres: Pérez de Guzmán y Garcilaso. Fué un salto literario de uno a otro, del siglo xv al xvi, y la fuente, con sus placas de mármol en el muro, parece la sepultura romántica en que yacen todos los recuerdos del castillo más literario de nuestra provincia.

ALFONSO QUINTANO RIPOLLES

Notas de un curioso



“HAIGAS” DE AYER Y DE HOY

Casi, casi estamos por asegurar que el ochenta y cinco por ciento de los españoles sueñan con ser propietarios de uno de esos hermosos coches aerodinámicos que el ingenio popular ha bautizado con el apodo de «haigas». Si usted es sincero consigo mismo, hágase la pregunta y verá cómo la contestación es afirmativa. Claro es que no debe ruborizarse por ello, ni mucho menos enojarse con nosotros por haberlo descubierto. El automóvil tiene tal atractivo, que ya en 1927, cuando eran bastante más incómodos, menos veloces y también menos seguros, el pueblo de Goñi, radicante en la austera Navarra, colocó sobre la fachada de su principal casa una lápida con la siguiente leyenda: «El primer automóvil que llegó a este pueblo fué el de matrícula número 4860, de San Sebastián, conducido por su propietario, don Lorenzo Loyarte. Este hecho, de tan grata memoria, tuvo lugar en junio de 1927». Realmente no es muy difícil alcanzar la inmortalidad. Algunos la consiguen con acciones heroicas, otros simplemente conduciendo automóviles. Así es la vida. El nombre de Loyarte, esculpido en piedra, mientras los de Ramsay y Willágoose, que en 1619 patentaron «un coche sin caballos», yacen en el más triste de los olvidos, cual es el de la ignorancia.

¡Cuántas luchas, cuántos obstáculos hasta conseguir el resultado que comentamos! Menos mal que el progreso jamás se detiene y que nunca ha faltado, desde esa fecha memorable de 1619, el hombre que con constancia e inteligencia triunfara en el empeño, por encima de la incredulidad de la ciencia y de los intereses de las casas de postas y de las Empresas ferroviarias, que obligaron a dictar al Parlamento inglés la famosa disposición que exigía «que todo vehículo de propulsión mecánica que circulara por los caminos fuera precedido por un hombre que marchara a pie agitando una bandera roja». Estos geniales iniciadores, inasequibles al desaliento, se llamaban: Cagnot, que fabrica en el siglo xviii un coche para tres pasajeros que alcanza la fantástica velocidad de tres kilómetros a la hora; Gurmey, con su automóvil vencedor de la diligencia, en original y reñida competencia; Ogle y Summers, constructores en 1826 de un coche increíble, que recorrió 1.200 kilómetros sin avería, y, por último, Hill, que fué el primero que tuvo la feliz ocurrencia de equipar el automóvil con un eje diferencial.

Llega el año 1896, y el automóvil empieza a industrializarse. Su evolución deja de ser lenta y adquiere un ritmo acelerado. A los intereses de los ferrocarriles se oponen otros intereses también poderosos de la nueva industria. Las leyes retardatarias desaparecen y el automóvil progresa firme y continuadamente hasta topar con Henry Ford —el célebre rey del automóvil—, que es quien consigue popularizarlo definitivamente con su inolvidable coche con cambio a pedales, que fué en aquella época, allá por el año 1910, sueño y pesadilla de la juventud —aunque mucho más barata que la actual—, a semejanza de lo que ocurre en esta era de velocidades y despilfarros con nuestros flamantes «haigas» especiales, salvo honrosas excepciones, en aquella pasada época de la postguerra, para estraperlistas y demás euforias financieras, y que ahora, afortunadamente, como prueba del poderío económico de los españoles, están al alcance de un grupo de personas que ya no es tan minoritario.

ANTONIO GULLON WALKER

y varia al mismo tiempo, infinita y concreta, que se declina por el romero y la jara en la primavera; por amarillos en el otoño; por exquisitas arideces en verano y, en invierno, por nieves; nieves azules y blancas, nieves jaspe o púrpura. El múltiple parpadeo de la luz en la Sierra se conjuga por activa o por pasiva; ora es seco y monocorde, ora es femenino y cambiante.

¡ Oh, la música de la Sierra, el concierto del silencio! Hay en su melodía un elemento doméstico, íntimo, delicado y religioco, y otro duro y arrogante, acaso inmisericorde. Uno y otro se encadenan y se desatan; se funden y se confunden; se aman y se contradicen. Invierno y verano claman con voz viril, y otoño y primavera prefieren el tono menor, el ritmo de pie quebrado. A los cielos violentos se suceden los semitonos, las penumbras y las irisaciones. Pero bajo esos cielos, cuyo tacto recuerda el terciopelo, sobre esa tierra con flores niñas y humildes, pisaron reciamente los héroes cazadores que pintara Velázquez.

Merece la pena madrugar para ir a la Sierra y transitar un día entero soñando, dulcemente fatigados, por esa linde de las alturas que es como un trasmundo a otro solar ceniciento y cárdeno, misterioso y alucinante; el valle más allá de las nubes, en la incierta lejanía, abajo, mientras nosotros creemos ir tocando con las manos los cielos de acero, transparentes y translúcidos en invierno, como la mica, y mórbidos y sensuales en el verano.

No se pierde el tiempo si se le machaca en el yunque de la Sierra al compás de una serranilla o bien al ritmo de octava real de la enjuta castellanía, adecuado paisaje de batallas y cacerías, Alto de los Leones de Castilla, de fausta y honrosa memoria.

Si es verdad eso de que de Madrid al cielo, la escala se apoya en la Gran Vía, pero concluye en la montaña de los Siete Picos. Allí comienzan los suburbios del cielo mismo. Los alpinistas lo saben. El camino hasta llegar a la Sierra, por el Bajo Guadarrama, es ya como una escombrera celeste, pero el cielo comienza allí. Su pedestal es la Sierra; un pedestal en granito rosa del Guadarrama.

JUAN CARLOS VILLACORTA

